

pero habia costado las preciosas vidas de los dos hermanos Moncadas, del animoso Hugo de Mataplana y de otros ocho valerosos é ilustres caballeros. Amargamente sentida fué en todo el ejército la muerte de los intrépidos Moncadas: honda pena causó tambien al rey cuando se la anunciaron, mas procuró consolar de ella á la afligida hueste, y despues de haber dispuesto dar pomposa y solemne sepultura á aquellos ilustres cadáveres, si bien con las convenientes precauciones para que los sarracenos no se apercibiesen de ello, colocando paños y lienzos entre las tiendas y la ciudad, procedió á poner cerco á Mallorca, fuertemente amurallada entonces con robustas torres de trecho en trecho, y poblada de ochenta mil habitantes <sup>(1)</sup>.

Empleáronse en el cerco todas las máquinas de batir que entonces se conocian, y á que las crónicas dan los nombres de trabucos, fundíbulos, algaradas, manganeles, gatas y otras á propósito para arrasar muros y torres, algunas con tal arte fabricadas que hacian el mismo efecto que los tiros de artillería gruesa de nuestros tiempos. Habíalas, dicen las crónicas, que arrojaban pelotas (piedras) de tan extraño peso y grandeza que ninguna fuerza bastaba á resistir la furia con que se batian las torres y muros; y teníanlas tambien los moros que lanzaban las piedras con tal

(1) Llamábase entonces comúnmente Mallorca la ciudad capital de la isla, la misma que hoy denominamos Palma.

ímpetu que pasaban de claro cinco y seis tiendas <sup>(1)</sup>. Trabajaron todos en las obras del sitio con ardiente celo é infatigable constancia: exhortábanlos con fogosos sermones los religiosos, con su ejemplo personal el rey: una hueste de moros que intentó cortar á los sitiadores las aguas de que se surtian, fué escarmentada con pérdida de mas de quinientos: algunas de sus cabezas fueron arrojadas por los cristianos dentro de la ciudad: á su vez el monarca sarraceno hizo poner en cruces los cautivos cristianos que en su poder tenía, y colocarlos en la parte mas combatida del muro: aquellos desgraciados exhortaban con el valor heroico de los mártires á sus compañeros de religion á que no dejaran de atacar la muralla por temor de herirlos. Algunos moros principales de la isla hicieron en tanto su sumision á don Jaime, y le ofrecieron sus servicios. Los trabajos del sitio continuaban sin interrupcion, y no se daba descanso ni á las máquinas ni á las cavas y minas, sin dejar de combatir á los moros que desde las sierras y montañas no cesaban de molestar á los sitiadores. Desconfió ya el emir de Mallorca de poder defenderse y pidió capitulacion, ofreciendo pagar á don Jaime todos los gastos de la guerra desde el dia que se habia embarcado hasta que se retirára, con tal que no dejára guarnicion cristiana en la isla. Desechada con altivez esta proposicion,

(1) Zurita, lib. III., c. 5.



movió nuevos tratos el musulman, ofreciendo dar al rey cinco besantes <sup>(1)</sup> por cada cabeza de los moros, hombres, mugeres y niños, y que abandonaria la ciudad siempre que le dejasen naves para poder trasladarse á Berbería libremente él y los suyos. Por razonable que pareciese ya esta propuesta, y aunque algunos prelados aconsejaron al rey que la aceptara, fué desechada tambien á instigacion de Raimundo Almanyan y otros barones que se opusieron á todo linage de transaccion con el musulman.

La necesidad obligó al mallorquin á hacer una defensa desesperada. Por su parte don Jaime protestó no reposar hasta ver el estandarte de Aragon plantado en medio de la plaza de Mallorca, y aragoneses y catalanes juraron sobre los santos evangelios que ningun rico-hombre, ni caballero, ni peon, ni nadie, volveria atrás en el asalto, ni se pararia, á menos de recibir herida mortal; que nadie se detendria á recoger los muertos ni los heridos, sino que seguirian siempre adelante sin volver la cabeza ni el cuerpo, y sin pensar mas que en la venganza, y que quien lo contrario hiciese seria tratado y muerto como desleal y como traidor. El rey quiso hacer por sí el mismo juramento, pero no se lo permitieron sus barones. Abierta al fin la brecha y determinado el asalto, penetraron intrépidamente los cristianos en la ciudad.

(1) Besante era una moneda de plata que valia tres sueldos y cuatro dineros barceloneses.

Una lucha terrible se empeñó en sus calles y plazas: adelantaba á los sarracenos el rey de Mallorca hablandolos fogosamente desde su caballo blanco, y animábanlos con grandes gritos los muezzines desde lo alto de sus minaretes: estimulaba á los cristianos el valeroso don Jaime con su ejemplo, blandiendo su espada delante de todos en lo mas recio de la pelea. La victoria se decidió por los soldados de la fé. Mas de treinta mil moros salieron de la ciudad á buscar un refugio en las ásperas sierras y montañas: el rey moro y su hijo cayeron en poder del monarca de Aragon, el cual asiendo, aunque suavemente, al musulman por la barba como lo habia jurado, díjole que no temiese por su vida hallándose en su poder, y encomendó su guarda á dos de sus mas nobles caballeros. Asi quedó don Jaime I. de Aragon dueño de la bella y rica capital de Mallorca. Era el 31 de diciembre de 1228 <sup>(1)</sup>.

(1) «Cuando llegamos á la casa donde se hallaba el rey (dice el mismo don Jaime), entramos armados, y al descubrirle vimos que estaban delante de él tres soldados con sus azagayas. Cuando nos hallamos en su presencia se levantó; llevaba una capa blanca, debajo de ella un camisote, y ajustado al cuerpo un juboncillo de seda tambien blanco.» Su Hist. cap. 78.—Lo de haberle asido por la barba lo refieren Montaner y Desclot, de quienes lo tomó Zurita, lib. III., c. 8.—Aunque algunos cronistas ponen la toma de Mallorca en 31 de diciembre de 1229, debe advertirse que cuentan los años desde la Encarnacion, como muchos tenian entonces de costumbre, y no desde 1.º de enero como ahora usamos. En esto consiste muchas veces la discordancia aparente de fechas que se nota en los autores. El hijo del emir, de edad entonces de trece años, se hizo cristiano despues y se llamó don Jaime.



Procedióse á hacer almoneda de los despojos y cautivos, y á repartir las casas y haciendas conquistadas por equitativas partes, segun lo habian jurado en Barcelona, y por medio de los jueces allí nombrados, á que se agregaron don Pedro Cornel y don Jimeno de Urrea <sup>(1)</sup>. Algun tanto turbó la alegría de la conquista una enfermedad epidémica que se propagó en la hueste, y que arrebató la vida á no pocos adalides y caballeros de alto linage. Faltaba tambien subyugar á mas de tres mil soldados moros, que apostados en lo mas ágrío de las montañas, desde aquellos ásperos recintos y cuevas que allí tenían no cesaban de inquietar á los cristianos. Dedicó don Jaime algunas semanas á la reduccion de aquellos contumaces enemigos. Luego que los hubo sojuzgado persiguiéndolos y acosándolos en sus mismas agrestes guaridas, dadas las convenientes disposiciones para el gobierno de la isla, otorgadas franquicias á sus pobladores y fortificados los lugares de la costa, reembarcóse don Jaime, á quien con justicia se comenzó á llamar el Conquistador, para Tarragona, á donde arribó con gran contento de los catalanes (1229). Arregló en Poblet con el obispo y cabildo de Barcelona lo perteneciente al nuevo obispado instituido en Mallorca, y

(1) El maestro del Hospital, Hugo de Folcarquer, que llegó con 15 caballeros de la orden despues de hecha la conquista y la reparticion, consiguió que el rey les diese una alquería suya, y que se sacasen tierras del comun para 30 caballeros que se habian de establecer en la isla.

desde allí continuó por Monblanc y Lérida al reino de Aragon.

Negocios de otra índole le llamaron pronto á Navarra. El soberano de este reino don Sancho el Fuerte, despues de sus proezas en las Navas de Tolosa habia sido atacado de una dolencia cancerosa que le obligaba á vivir encerrado en el castillo de Tudela sin dejarse ver de las gentes y sin poder atender en persona á los negocios del Estado que exigian su presencia. Corriale sus tierras y le tomaba algunos lugares fuertes, de concierto con Fernando III. de Castilla, don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, por diferencias que ya antes habia tenido con él por los territorios de Alava y Guipuzcoa. No hallándose el navarro en aptitud de poder resistir á tan poderosos enemigos, determinó confederarse con el de Aragon, y envióle á llamar. Acudió don Jaime, llevando consigo algunos de sus mas ilustres ricos-hombres. En la primera entrevista que los dos monarcas tuvieron en Tudela, manifestó don Sancho que no teniendo otro pariente mas cercano que le sucediese en el reino que su sobrino Thibaldo ó Teobaldo, hijo de su hermana doña Blanca y del conde de Champagne, el cual habia correspondido con ingratitud á sus beneficios, habia resuelto prohijarle á él (al rey de Aragon), ó por mejor decir, que se prohijasen los dos mutuamente á pesar de la gran diferencia de edad que entre ambos habia, para sucederse recíprocamente en el reino,



cualquiera de los que muriese antes. Causó no poca estrañeza á don Jaime la proposicion, y aunque todas las probabilidades de sucesion estaban en favor suyo, siendo como era el rey de Navarra casi octogenario, no quiso resolver sin consultarlo con sus ricos-hombres. Oido su consejo, y despues de nuevas pláticas con el navarro, acordóse la mútua prohibicion, conviniendo en que don Jaime sucederia en el reino de Navarra tan pronto como falleciese don Sancho, y que éste heredaría el Aragon en el caso de que don Jaime y su hijo Alfonso muriesen antes que él sin hijos legítimos. Hecha esta concordia tan favorable al aragonés (1230), y ratificada y jurada por los ricos-hombres y procuradores de las ciudades y villas de ambos reinos (1), ya no tuvo reparo don Jaime en ofrecerse á ayudar al de Navarra en la guerra que le habia movido el de Castilla. Procedióse con esto á acordar la hueste que cada cual habia de disponer y el número de soldados y caballeros que habia de tener prontos y armados para la campaña, y regresó don Jaime á su reino, donde le llamaban urgentes atenciones. Como mas adelante, en dos distintas ocasiones, volviese el de Aragon á ver á don Sancho, y le encontrase unas veces remiso en emplear para tan importante objeto los recursos de su tesoro, otras flojo,

(1) Zurita, en el lib. III. de sus Anales, c. 14, inserta á la letra este pacto singular, si bien en él no se hace mencion del infante don Alfonso.

desabrido y apático, sin haber cumplido lo que por su parte, como al mas interesado, le competia, don Jaime, en la viveza y actividad de su juventud, no pudo sufrir tal adormecimiento y abandonó á don Sancho. «Conociendo, dice el analista de Aragon, la condicion del rey de Navarra, que ni era bueno para valerle en sus necesidades, ni dar buena expedicion en sus propios negocios que le importaban tanto, determinó de alzar la mano en la guerra de Castilla para emplearse en la de los moros.» Tan frio remate tuvo aquella estraña concordia entablada entre el viejo monarca de Navarra y el jóven rey de Aragon.

Todavía tuvo don Jaime que acudir por dos veces precipitadamente á la isla de Mallorca. La primera por la voz que se difundió, y le fué dada como cierta, de que el rey de Tunez aparejaba una grande armada contra la isla. Con la velocidad del rayo se embarcó el rey con sus ricos-hombres en Salou, y navegando á vela y remo arribó al puerto de Soller. La expedicion del de Tunez no se habia realizado ni se vió señal de que en ello pensára por entonces. Sirvióle al rey este viage para rescatar los castillos que aun tenian los sarracenos de la montaña. Motivaron la tercera ida del rey estos mismos moros montaraces, que preferian alimentarse de yerbas y aun morir de hambre á entregarse á los gobernadores de la isla ni á otra persona que no fuese el rey. Don Jaime logro acabar de reducirlos, y de paso ganó la isla de Menorca, cuyos ha-



bitantes fueron á ponerse bajo su obediencia. El señorío de estas islas vino por una estraña combinacion á recaer en el infante don Pedro de Portugal, hijo de don Sancho I. y hermano de don Alfonso II. Este príncipe, que por las disensiones entre sus hermanos se habia estrañado de Portugal y vivido algunos años en Marruecos, habia venido despues á Aragon y casándose con la condesa Aurembiaix, aquella á quien don Jaime repuso en el condado de Urgel. Murió luego la condesa, dejando instituido heredero del condado al infante su esposo. Conveniale á don Jaime la posesion de aquel estado enclavado en su reino, y propuso al portugués que se le cediese, dándole en cambio el señorío feudal de Mallorca. Accedió á ello don Pedro, y haciendo homenaje al rey en presencia del justicia de Aragon, tomó posesion de las islas, si bien gozó pocos años de su nuevo señorío, que volvió á incorporarse á la corona de Aragon en conformidad al pacto establecido, por haber muerto sin hijos el infante de Portugal. A los dos años de haberse sometido Menorca, presentóse al rey don Guillermo de Montgri, arzobispo electo de Tarragona, esponiéndole que si les cedia en feudo á él y á los de su linage la isla de Ibiza, ellos tomarian sobre sí la empresa de conquistarla. No tuvo reparo el rey en condescender con la demanda del prelado, el cual procediendo á la ejecucion de su proyecto, se embarcó con sus gentes de armas llevando trabuquetes, fundibulos

y otras máquinas é ingenios, y en poco tiempo tuvieron la fortuna de vencer á aquellos isleños, quedando Ibiza en su poder. Así se completó la conquista de las Baleares, bella agregacion que recibió la corona aragonesa, y gran padraastro que habian sido para todas las naciones marítimas del Mediterráneo en los siglos que estuvieron poseidas por los sarracenos.

El mayor y mas importante suceso de los que señalaron la vuelta de don Jaime á Aragon despues de la conquista de las Baleares, fué sin disputa el principio de la guerra contra los moros de Valencia. Era el deseo constante del monarca emplear sus armas contra los infieles. Convidábale la ocasion de estar el destronado emir Ceid Abu Zeid peleando contra el rey Ben Zeyan<sup>(1)</sup> que le habia lanzado del reino. Y acabaron de alentarle, si algo le faltaba, el maestre del Hospital Hugo de Folcarquer y Blasco de Alagon, que hallándose el rey en Alcañiz, le instigaron á que acometiera aquella empresa (1232). Los primeros movimientos de esta nueva cruzada dieron por resultado la toma de Arés y de Morella. Recorrió don Jaime la comarca de Teruel, donde el moro Abu Zeid le hizo de nuevo homenaje prometiéndole ser su valedor y ayudarle con su persona y su gente contra sus adversarios, y bajando luego hácia el mar determinó poner cerco á Burriana, talando primero sus fértiles

(1) El que nombran Zaen nuestras historias.



campos y abundosa vega, á cuya operacion concu-  
rieron algunos ricos-hombres de Aragon y de Catalu-  
ña, y los maestros y caballeros del Templo y del Hos-  
pital, de Calatrava y de Uclés que en el reino habia.  
Acompañábanle tambien su tio don Fernando y los  
obispos de Lérida, Zaragoza, Tortosa y Segorbe, con  
otros eclesiásticos de dignidad. Formalizóse el cerco,  
y comenzaron á jugar las máquinas de batir. Burria-  
na estaba grandemente fortalecida y municionada, y  
los moros se defendian heróicamente. Prodigios infi-  
nitos de valor hizo en este cerco don Jaime. Hirié-  
ronle cuatro saetas lanzadas del castillo sin que hiciera  
una sola demostracion de dolor. Lejos de eso, acer-  
cándose en una ocasion al muro con algunos valientes  
que le seguian, descubrióse dos veces todo el cuerpo  
para dar á entender á sus caudillos y capitanes que si  
alguna vez se determinase á alzar el cerco no seria  
por temor al peligro de su persona. Aconsejaban en  
efecto á don Jaime asi don Fernando su tio como algu-  
nos ricos-hombres que desistiera, por lo menos hasta  
mejor ocasion, de una empresa que tenian por teme-  
raria. «Barones, les respondió don Jaime con su acos-  
»tumbrada entereza: mengua y deshonor seria que quien  
»siendo menor de edad ha ganado un reino que está so-  
»bre la mar, abandonára ahora un lugarcillo tan insig-  
»nificante como este y el primero á que hemos puesto si-  
»tio en este reino. Sabed que cuantas cosas emprendimos  
»fiados en la merced de Dios las hemos llevado á buen

»fin. Así no solo no haremos lo que nos aconsejais, sino  
»que por el señorío que sobre vosotros tenemos os  
»mandamos que nos ayudeis á ganar la villa, y que  
»el consejo que nos habeis dado no volvais á darle  
»jamás.» A todos impuso respuesta y resolucion tan  
firme. El cerco prosiguió: redobláronse los esfuerzos  
del rey y de los suyos, y al cabo de dos meses Bur-  
riana se rindió á don Jaime (julio, 1233), el cual de-  
jando en ella el conveniente presidio al cargo de dos  
de sus mas leales caballeros, hasta que llegase don  
Pedro Cornel á quien encomendaba su defensa, fuése  
á Tortosa para entrar en el reino de Aragon.

A la rendicion de Burriana siguió la entrega de  
Peñíscola, importante fortaleza, la primera que don  
Jaime en otro tiempo habia intentado tomar, y que  
ahora se le entregó bajo su fé, prometiendo el rey á  
sus habitantes y defensores que les permitiria vivir  
en el ejercicio de su ley y religion. Chivet se rindió á  
los templarios y Cervera á los caballeros de San Juan.  
Ganáronse Burriol, Cuevas, Alcalaten, Almazora y  
otros pueblos de la ribera del Júcar, que el rey de  
Aragon recorría con ciento treinta caballeros de para-  
ge y como ciento cincuenta almogavares (1234). En  
otro que él hubiera parecido imprudente la resolucion  
con que se metió por la vega misma de Valencia; pero  
él atacó y rindió sucesivamente las fuertes torres de  
Moncada y de los Museros, que eran, al decir del  
mismo, como los ojos de la ciudad, y despues de ha-